

DIARIO DE EDIPO

Hemos atravesado una ciudad y ha venido mucha gente a vernos pasar. Nos acosaban con preguntas, querían saber, querían oír de mis propios labios el relato de los hechos. Como si no los conocieran de sobra. Algunos llegaron a ofrecer dinero a Antígona para que de noche cerrada me llevara hasta sus casas. Sólo conseguimos deshacernos de ellos cuando Antígona les advirtió que si no nos dejaban pasar iban a rozarse conmigo y, al parecer, este contacto impuro les da miedo.

Yo, sin embargo, me soporto bastante bien. Creo incluso que me soporto cada vez mejor.

Antígona me guía con devoción. Tal vez con demasiada devoción. Ya se lo he dicho, pero no parece comprender o será que le da miedo comprender. Estoy convencido de que ya sabe lo que la espera. O más precisamente, que ya sabe qué decisión tomará. Resulta imposible impedir que se sacrifique y lo lamento profundamente. Hubiera sido mejor que se quedara en Tebas, que se encariñara con Creón, haciendo como de hija suya. La que sí comprende es Ismena y, sin embargo, no me abandona completamente. De tarde en tarde envía algunas noticias, de las que, por supuesto, yo prescindiría muy a gusto, pues siempre se cree obligada a añadir algunas palabras acerca de sus hermanos, y me parece que por ese lado las cosas no van muy bien. ¿Qué puedo hacer yo?

Eso sí que es lamentable: no poder hacer nada por nadie, no ser nada ni nadie..., sólo un miserable cómico de la legua, cuya única obligación es la de desempeñar estrictamente su papel, sin errar una salida, sin omitir una réplica, si quiere seguir viviendo... Eso es: ¡si quiero seguir viviendo! Ni siquiera estoy seguro de ello..., aunque tal vez me quede un poco de fe en la vida..., por ver en qué para todo esto (ahora me toca a mí ser espectador), si se cumple el destino, si está bien armado el artefacto... Tengo que cargar con mi personaje (por ese lado no me arrepiento de nada, creo haber sido bastante fiel).

Mas..., ¿a qué haberme saltado los ojos?

* * *

Proseguimos nuestra marcha. No quiero saber adónde nos conducirá. Parece que Antígona tuviese su idea, pero no dice nada. Cuando le pregunto, no contesta más que: «Estoy pensando». Y no dice en qué. Podría figurármelo, si no tuviera tanto miedo a la realidad... Tanta realidad acumulada de siglos, en reserva, y que de pronto se pone a gotear, en el momento exacto, como debe ser, sin que una sola gota pueda perderse o cambiar de rumbo... Si no creyese en los oráculos, todo lo que me ha ocurrido hasta ahora sería suficiente para despertar mi fe...

Sin embargo, aún sigo dudando: ¿qué gracia, verdad? «Usted no tiene derecho a dudar», me dijo Antígona un día. El «no tiene derecho» me molestó. Aunque menos, debo confesarlo, que el «usted» perentorio, que me enfureció. Después lo sentí, ya que Antígona estuvo varios días muy afligida.

Es asombroso lo distintos que somos, al contrario de lo que pueda creerse. Muchas veces me es difícil considerarla hija mía. Incluso debo confesar que, en ciertos momentos, me resulta imposible, completamente imposible.

Mientras sigo esperando que, a pesar de todo, puede producirse una grieta, una fisura, un brusco accidente capaz de detener el curso de esta comedia, mientras mis dudas sobre la fatalidad siguen nutriéndose con esta esperanza (aunque en el fondo esté convencido de que no habrá tal accidente, de que todo ocurrirá según tiene que ocurrir). Antígona, mientras tanto, continúa poniendo en duda el encadenamiento de los hechos, de tanta realidad acumulada, de toda esta fatalidad. Y le duele mucho más que a mí. El accidente capaz de salvarme sólo causaría la pérdida de Antígona, pues su sentido de la vida (sentido que me cuesta trabajo hacerle expresar) sólo depende del cumplimiento exacto de lo que está escrito. De modo que si yo me salvo, ella se pierde...

Pero no hay manera de hacerle admitir que su sacrificio no sirve para nada; que su abnegación, su fidelidad, son poco menos que ilusorias; que sólo cobrarían verdadero sentido de ocurrir el accidente, lo cual sería para ella el único modo de cumplir con lo que un día le oí llamar su «destino»...

* * *

«Está escrito. ¡Todo está escrito!»

«Ya lo sé, ¿y qué?»

«No hay remedio. No hay ningún remedio.»

He despertado de golpe. El que hablaba en mis sueños era un hombrecillo negro con cara de saltamontes. Me reprendía el no amar lo suficiente a Antígona, el no amarla con ese amor piedad que me tiene sin cuidado y que nunca me ha servido de nada. Ni siquiera para conmigo mismo.

El hombrecillo me trató de «monstruo», apelación a la que estoy acostumbrado. Prefiero el horror que inspiro a las muchedumbres, a esa compasión con la que a veces me topo y que siempre me resulta molesta y degradante.

Sinceramente, si de algo me arrepiento, no es de haber matado a mi padre o de haberme acostado con mi madre, sino de haberme ofuscado como una bestia hasta sacarme los ojos. De lo contrario, verían lo que es un monstruo, un monstruo de verdad, y la compasión cambiaría de bando.

«Edipo, Edipo, ten piedad de tus esclavos, ten piedad de los que te imploran gimiendo y llorando.»

¡Cuántas veces habré soñado con esta escena de un Edipo triunfante que responde!:

«Está bien. Soltadlos y que retumben los valles con sus vanas súplicas.»

Un monstruo, eso es, un monstruo al que la historia hubiese perseguido durante largo tiempo. Pero un monstruo inalcanzable, a no ser por la fatalidad, por la sentencia del oráculo, que terminarán por descifrar y que anunciará el reino de mi terror.

Al artefacto ése, tal vez hubiese obligado a descomponerse un poco, a la gotita de tiempo, a caer un poco de lado...

Pero ¡había que pensarlo antes!

* * *

Noches de insomnio.

He conseguido de Antígona (¡qué carácter el suyo!) que nos quedemos unos días en esta choza, a orillas del mar. Aquí se me figura que estoy esperando algo. Pura ilusión, pues lo único que espero es la muerte. Sin prisa, como sin recelo. Duermo mal. A menudo desvelado por un rumor en la playa, de alguien que rondase por acá. Salgo a tientas para escuchar. No hay nadie. Solamente el mar, agazapado en la espera.

¿Por qué me habré saltado los ojos? ¿Por qué?

Desde que tengo la obsesión de esta pregunta siento algo de lástima por mí mismo. Claro que no es nada agradable enterarte de que tu esposa es tu propia madre, de que los hijos son tus hermanos...; es as-

queroso y a primera vista indignante. Pensándolo mejor, te vas acostumbrando a la idea hasta que descubres que, después de todo, tal vez no tenga la importancia que se le concede. No creo que haya sido nunca particularmente sensible a esas cosas; además, en aquellos momentos, ya había vivido bastante, ya había observado bastantes casos parecidos o peores como para no dejarme llevar al paroxismo de la desesperación.

A mi padre no lo había visto nunca. En cuanto a mi madre (mi esposa), cuando pensaba en ella recuerdo que era en esta forma: «Me abandonó de pequeño, y desnudo, atado de pies y manos sobre una roca», y esto era ya un deseo de venganza en ciernes. Ni su muerte podía importarme ya. En mí ya no había amor: sólo quedaba el deseo de venganza.

Luego, ¿a qué haberme sacado los ojos con sus propios alfileres? ¿A qué haberme ensañado contra este rostro?

Por despecho, Edipo; por despecho. De que te engañaran, de que los hechos ocurrieran a espaldas tuyas sin que tuvieras ni culpa ni responsabilidad.

* * *

Antígona ya no hablaba de salir de aquí. El día entero se está en el umbral, inmóvil y callada, mirando... ¡Mirando!

Esta tarde, me acerqué sin hacer ruido y le pregunté:

«Antígona, cuéntame lo que ves; dime.»

Ha seguido callando. Un poco avergonzado, he permanecido junto a ella, junto a su silencio, que considero valioso, inapreciable y, por qué no decirlo, incomprensible. En mí no hay silencio. No lo habrá nunca más. En mí sólo hay una fuerza, como la fuerza de un torrente, arrolladora, impetuosa, que va a perderse allá lejos, en el infinito. «Nuestra fuerza..., los ríos que van a dar en la mar...»

Me acuerdo de aquel canto que oí un día, camino de Tebas. Un muchacho se acercaba. En la mano llevaba un ramo de olivo que le servía para guiar el bato de cabras. Les tiraba piedras de cuando en cuando y cantaba.

Detuve mi montura para escuchar, y en aquel instante alguien me llamó. ¡Qué estupidez! El rey de Tebas no podía escuchar el final de la canción... Una vez más, todo estaba escrito...

¿Por qué ponerme a pensar en aquel muchacho, por qué este deseo de tenerlo cerca de mí esta noche? Quizá no tuviera él estos silencios. O si los tuviera, quizá podríamos compartírselos. Luego tal vez me diría: «Edipo, ¿ves el mar?», y yo podría decirle que sí sin mentir.

Con Antígona no puede ser. La siento presa de ese único silencio, el silencio de su presencia, que me rechaza más y más cada día.

Bien es verdad que no tenemos gran cosa que decirnos. ¡Qué bien sabe llevar el peso de «su» fatalidad! Pues se trata de «su» fatalidad; es propiedad suya, su bien, su vida. ¿Cómo reprochárselo? ¿Acaso no estoy yo también lo bastante solo frente a la mía? Lo que le reprocho no es eso, sino esa actitud suya de «usted no puede comprender, déjeme»; ese afán suyo, diabólico, de absoluto, que rechaza cualquier compasión...

Sin embargo, creo que la entiendo bien y me da vergüenza turbar su silencio. Algunas veces, ¡cómo me gustaría que me hablara del mar!

* * *

Me dejo guiar por Antígona. Es ella la que elige los lugares de reposo, la que decide las distancias de cada jornada. Prosiguiendo siempre, como impulsada por una intuición, hacia esa meta que no conoce. Procuro hacerle cada vez menos preguntas, pero me doy cuenta de que vamos por buen camino (lo llamo bueno por ser el que me ha sido trazado). Es evidente que ella no sabe nada de estas cosas y que camina al azar, pero con una seguridad espantosa.

A veces, en mis adentros, oigo una voz: «Edipo, Edipo—me dice—, cambia de ruta, cambia el destino», pero yo me río, me río tanto que Antígona despierta.

* * *

Sigue sin hablar de marcharnos. Esta mañana salió a caminar por la playa oí que me gritaba con su vocecilla aguda: «Padre, volveré en seguida». Yo también salí, recostándome en la arena.

¿Qué estará esperando la Antígona de las despedidas? Como no sea algún mensaje de Ismena. O de sus hermanos. No habla nunca de ellos, pero sé que tiene contactos con Polinico. Al enterarme de ello, me enfurecí. Una vez más. Le prohibí que atendiera a los mensajeros de sus hermanos. Después me arrepentí. Aunque sin razón, ya que Antígona siempre se sale con la suya. Cuando quiero que tome una decisión, basta que le sugiera la idea contraria. De modo que sigue recibiendo mensajes de todo el mundo. Hasta de Creón, que ha preguntado por mí. El viejo hipócrita sigue progresando en el conocimiento de los oráculos y estoy seguro de que ya se ha enterado. Aún tengo tiempo de pensarlo. A veces, una decisión acarrea otra. Sería divertido vengarse. Pero ¿a qué vengarme, con estos ojos muertos?

* * *

Ha vuelto el hombre del sueño. En actitud «suplicante», lo cual no me gusta nada. Estaba de pie. Lo adivinaba ante mí con los brazos en cruz, la mirada fija. Le temblaban los labios al decirme:

«Edipo, ¿por qué te detienes?»

«Porque estoy cansado.»

«No, Edipo. Todavía no, todavía no.»

Eso no augura nada bueno. Me consuelo pensando que esta vez no me tomarán desprevenido. Sé lo que tengo que hacer y lo haré hasta el final, sin cambiar un ápice. Veremos si todo ocurre como tiene que ocurrir o si interviene un poco de fantasía.

A pesar de todo, me pesa tener que abandonar este refugio, en donde he tenido la posibilidad de ordenar mis pensamientos.

Si he de marcharme, lo haré sin entusiasmo. Me bastaría un átomo de voluntad para decir que no. Estoy seguro de que mañana Antígona dirá:

«Padre, tenemos que irnos.»

«¿Y por qué, Antígona; no estás a gusto aquí?»

«Tenemos que irnos, padre.»

Y ante su «tenemos que irnos», tendremos efectivamente que irnos.

Pero ¿y si me quedara? ¿Si me negara a moverme de aquí? ¿Si hiciera de esta cabaña mi retiro? ¿Cómo se las arreglaría el oráculo, el oráculo que me empuja hacia la ciudad?

* * *

Antígona no ha vuelto. O más bien, ha vuelto, pero sin decir nada. Estuve esperando todo el día. Se había ido otra vez hacia la playa. Volvió tarde. Me hice el dormido. La oí aproximarse, detenerse, mirándome, sin duda. Después se alejó cuidando de no hacer ruido. Ahora está durmiendo.

* * *

¡Ya está! Antígona ha hablado:

«Padre, nos vamos.»

«¿Por qué, Antígona?»

«Tenemos que irnos, padre.»

«No, Antígona; no. Nos quedamos.»

He esperado su respuesta. Sólo oía su aliento. Corto, más rápido de lo que acostumbra. Después:

«Está bien, padre.»

Y se ha ido a la playa.

* * *

Estoy solo. Solo ante esa fuerza monstruosa que ante mí se yergue. ¿Por qué ante mí? Esa fuerza está en mí, esa fuerza soy yo. Mundos y posibilidades de mundos, en marcha, en acción, en lo más recóndito de mi ser, al acecho de un signo para irrumpir...

¡Qué desamparo el de este destino asido de las garras de la muchedumbre! ¡Imposible librarse de ellas! Edipo, en este tremendo juego entre la luz y las tinieblas: ¿Por qué haberte puesto en tu contra? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿De qué te sirvió tu gran clarividencia, tan meticulosamente aprendida, cuidada, templada por los rayos de un ingenio limpio y agudo? ¿Por qué haberte sumido, tú que eras la clave de la Esfinge, tú que no reconocías más soberanía que la de aquel resplandor immaculado, por qué haberte sumido, únicamente por tu violencia, en estos torbellinos de tinieblas? ¡Qué ingenuidad! ¡Y qué ira, por siempre inútil, la que te azota en tu gesta impotente! No te muevas, Edipo; no te muevas. Una sola palabra y todo estalla, todo se pulveriza, y sólo quedas tú. Solo. Único. Con toda esa potencia, no la del tiempo, sino la del destiempo, la de la eternidad, ese resplandor que se despliega cada vez más, cada vez más lejos, arrojados de pronto a los horrores de un pozo negro. ¿Qué voluntad te empujaba? Esa voluntad inesperada (pero que tiene el peso exacto de la tuya, ahora me doy cuenta), ¡pues buen cuidado tuvieron de no revelártela!

Tu largo caminar por las profundidades de ti mismo sólo desemboca en ese pozo sonoro y sin fondo, en donde lo único humano que aún se manifiesta no consigue apurar la ponzoña de tu nombre. ¡Edipo! ¡Edipo! ¡Edipo del sino y del destino, Edipo de la disonancia y del desorden interior y sin fin! ¿Tendrá que ser continuo este caminar de albas y crepúsculos a lo largo de una noche sin límites, por entre la lenta peregrinación de la muchedumbre atenta y piadosa, compasiva, acusadora de un mal que no es el mío? Horror..., horror de ser un hombre solo, único, para siempre... Pero la soledad de las altas cumbres, ¿no la habré deseado? ¿Será ésta? Mentiras. ¿A quién acusar sino a ti mismo? Mis devaneos arrojan sobre los hechos la horrenda culpa de un suceso trivial, vulgar, sin consecuencias, sin importancia. Mas yo... El Yo destumbrante y que sabe. El Yo de la clave y de la luz eterna. ¿Cómo no desgarrar este rostro en un gesto de profanación, envilecido por su vano sentido de redención?

Más allá estaba el Yo. El Yo de Edipo, que no supiste reconocer a tiempo. Que llevaste hasta el límite de un juego en el que no participabas. Juego que anulaste en un gesto de cólera. Yo no quería aquel juego. Me habéis usurpado a mí mismo. Pero ¿qué dices? ¿A qué ex-